

ANTONIO OTERO HERRERA

† FEBRERO 21 DE 1925

Con dolor nacido de lo más íntimo del alma, registramos hoy la eterna e inesperada desaparición de Antonio Otero Herrera, modelo de amigos y de caballeros, cualidades que bastarían si otras muchas no hubieran esmaltado su meritoria existencia, para lamentar este alejamiento definitivo que nos priva del compañero en múltiples faenas, del modesto educador que regó la buena semilla en más de una generación de jóvenes, y del poeta cuya lira nunca tuvo acentos que no fueran inspirados en las más altas verdades de nuestra religión.

La vida de los educadores y maestros suele rodar en medio del silencio, como si la sociedad no se diera cabal cuenta de la labor trascendental que llevan a cabo; sólo cuando la muerte hiere de súbito a uno de estos apóstoles de la enseñanza, se prende a la memoria todo cuanto hicieron, los sufrimientos que sobrellevaron, la penumbra en que vivieron y los esfuerzos de cada día para dar un paso adelante en la perfección humana. La vida de Antonio Otero Herrera es un ejemplo de esa tesonera labor en la cual no cejó un momento, convencido de que su vocación de maestro era un dón de Dios que debía poner al servicio de la juventud y de la patria. No lo arredraron en su camino ni la envidia de los poderosos, ni las intrigas de los miopes, ni la falta de agasajos de la fortuna; todo su espíritu anduvo siempre en busca de la luz inacabable, y aquí en la tierra en torno de sus hogares más queridos, que lo fueron el suyo propio y éste del Colegio del Rosario

donde halló abiertos los brazos hasta el último instante de su vida.

Nació Otero Herrera en medio de un hogar cristiano, en la ciudad de Bucaramanga el año de 1877, y antes de llegar a la edad en que otros jóvenes empiezan estudios, ya daba muestras de una inspiración no ordinaria con un ensayo dramático que lleva por título *La vida estudiantil*, escrito a los diez y seis años. Después de pasar rápidamente por los colegios de don Rodolfo D. Bernal y de don Víctor Mallarino, de grata memoria, llegó Antonio al Colegio del Rosario, precisamente cuando el doctor Carrasquilla iniciaba las labores de su fecundo rectorado. Cúpole el honor de ser uno de los primeros quince colegiales, con que resurgía el Colegio a su antiguo esplendor, después de haber atravesado las más serias vicisitudes, irrestistibles para un organismo que no esté vivificado de lo alto y llamado a contar los siglos como suyos. Terminó Antonio sus estudios de bachillerato y de doctorado en filosofía y letras en 1899, pero la guerra civil que en aquel año asoló el país con furores de cataclismo, no permitió que Otero Herrera se graduase sino en 1905, uniendo su suerte a los pocos días con la dama que hoy llora inconsolable su desaparición.

El doctor Carrasquilla, que forma y al propio tiempo conoce sus discípulos, descubrió en aquél las cualidades del maestro, y antes de que el diploma de doctor adornara la vida de Otero Herrera, el Rector le confiaba una cátedra de latinidad, y más tarde las no menos serias de filosofía de la lengua castellana, de retórica y de estética. La claridad de la exposición, el cariño por los estudiantes, el cumplimiento estricto del deber, el afán por todo lo que se refería a la educación pública, pronto trascendieron afuera, y no son pocos los cole-

gios de segunda enseñanza que lo contaron entre sus profesores más distinguidos. No desempeñó Otero Herrera cargos públicos que no fueran del ramo de su predilección, y así lo vemos en sus mocedades de oficial mayor de la Dirección de instrucción pública de Cundinamarca, y más tarde como inspector escolar de Bogotá, donde supo modelar el espíritu de los maestros con su ingenua modestia, y la suavidad de su carácter.

Semejantes faenas cotidianas en un organismo de constitución endeble, hubieron de minarlo por la base, hasta el punto de que peligrando su vida hace poco tiempo, se le ofreció por nuestro amigo y consiliario don Pomponio Guzmán, entonces Ministro de Hacienda, un puesto en la vecina ciudad de Zipaquirá, que Antonio aceptó con el propósito de restablecer su salud y volver de lleno a las tareas del magisterio. Pero el decaimiento físico en que se encontraba no fue suficiente a desviarlo de su vocación, y oh admirable constancia!, fundó una escuela para los trabajadores de las minas, allí mismo, en uno de aquellos dantescos socavones, donde nunca antes se había escuchado una voz que llevase hasta el seno de la tierra fecunda la chispa que ilumina las inteligencias en medio de una oscuridad tenebrosa. Para nosotros es ésta una de las más bellas páginas de Otero Herrera, porque supo hermanar el desinterés con el sacrificio, las tinieblas con la luz, el golpe de la pica que taladra la roca milenaria con el golpe vivificador de la verdad que hiere las concavidades de la ignorancia.

Como poeta, quién no conoce a Otero Herrera? Quién no ha leído sus poesías de originales temas, como *La Escalera*, *El Ajedrez*, *La Escoba*, *La Cometa*, *La campanita del altar*, recitadas con acentos graves en las festividades íntimas del Colegio del Rosario? Esas

poesías, bebidas en fuentes de un idealismo superior, colocan a Antonio en el número de nuestros bardos festivos y profundos, porque al par que juega con las cosas más familiares, se eleva prendido al hilo de la cometa o sube por los peldaños de la escalera hasta el trono de Dios, regando en su ascenso verdades filosóficas que hacen cerrar los ojos y reconcentrar el pensamiento.

El hogar fue para Otero Herrera, el centro de sus más puros afectos; allí departía con sus amigos en la más íntima confianza, allí aprovechaba las horas de descanso profesional para escribir sus poesías y juguetes cómicos y para desarrollar sus inventos curiosos sobre la enseñanza de la ortografía, para jugar con sus pequeñuelos a la lotería gramatical, igualmente inventada por él, trabajos que en medio menos impropicio le hubieran dado a su autor renombre merecido, y quizá la fortuna hubiera golpeado a sus puertas para traerle los dorados racimos mezclados con los gajos de fresco laurel. Pero mejor así, porque su vida no alcanzó a ser empañada por la ola de mercantilismo que parece dominar las actividades espirituales, dejando el templo vacío con detrimento de la República.

De sus obras didácticas hemos de nombrar dos que dejarán bien puesto el alcance de los estudios superiores en el Colegio del Rosario: el *Nuevo Lector Colombiano* y las *Lecciones de Retórica*. El primero de estos textos, escrito en colaboración del doctor Francisco M. Renjifo y del autor de estas líneas, mereció los honores del triunfo en concurso oficial y ha sido bien recibido en escuelas y colegios, pero ha llegado la hora de declarar que la parte de esta obra que encierra mayor mérito es la que escribió Otero Herrera, cual es el desarrollo progresivo de las lecciones por medio de cues-

tionarios inteligentes, resúmenes orales y escritos de cada lectura, análisis gramaticales, prácticas ortográficas, definición de palabras difíciles, etc. Las *Lecciones de Retórica* son fruto de la enseñanza de esta materia durante varios años; en ellas brilla la precisión filosófica de las definiciones, la acertada división de las materias y la fina excogencia de los ejemplos y trozos de estilos literarios.

La obra conjunta de Otero Herrera perdurará porque está fundamentada en la verdad y en el amor a la juventud, pero para los que tuvimos el honor de ser amigos suyos, vale mucho más en él su corazón, cofre de oro perfumado, asiento de una bondad sin límites.

Duerma en paz a la sombra de la cruz este amigo del alma y confiemos en que Dios habrá recompensado en el cielo sus merecimientos y virtudes.

Bogotá, febrero de 1925.

R. C.

DISCURSO DE DON LUIS MARIA MORA

EN EL ENTIERRO DEL DOCTOR OTERO HERRERA

Señores:

Lo que menos imaginaba hace tres días era que yo, en nombre del sindicato de maestros y profesores católicos de Colombia, tuviera que darle la despedida al ilustre catedrático que consumió su vida entera en las ásperas, si bien nobles y meritorias labores de la enseñanza. Durante muchos años vióse al doctor Otero Herrera apegado al magisterio con una especie de celestine unción, como empujado por una fuerza irresistible, sin que para separarse de él fueran suficientemente fuertes ni